

tado un mágico muro gris en torno de nuestro campamento bajo los árboles.

Al día siguiente nos levantamos temprano. El pescador había madrugado también, y andaba voltejeando en un maltrecho bote de remos, mientras Jim encendía el fuego para preparar el desayuno. En tanto que yo me dedicaba a la cocina, vino a buscar a Jim para mostrarle su casa flotante. Más tarde supe el tema de su conversación. Señalándome con el dedo pulgar por encima de su hombro, había dicho el pescador:

—En otro tiempo tenía yo también una mujer.

—¿Qué se ha hecho ella?

Con aire melodramático el pescador abrió de par en par la puerta de su palacio flotante, y señaló una vieja blusa, evidentemente de mujer, colgada en la parte de atrás.

—Suya,—explicó.—Se escapó con otro hombre.

¡En la clara y vigorosa luz de la mañana, nuestro hechicero resultaba únicamente un hombre abandonado! Nos sentimos vagamente apesadumbrados por su suerte cuando, embarcados de nuevo en el *Dingbat*, nos alejábamos lentamente de la casa flotante atravesando el cenagoso canal. ¿Tendríamos alguna vez noticias suyas?

Continuamos navegando en las pantanosas aguas hacia Saint Helens, donde el canal desagua en el Columbia. Era sábado, y nos dábamos prisa para llegar a la oficina de correos antes de que se cerrara, porque esperábamos comunicaciones importantes; así es que luchamos con la perezosa corriente hasta cerca de las cuatro de la tarde. A esa hora nos detuvimos con el objeto de obtener informes. Nos dijeron que Saint Helens no estaba lejos, cosa de dos o tres millas a campo traviesa; pero que la distancia era mucho mayor por agua, debiendo costearse un largo promontorio que se internaba en el canal. Discutimos el asunto, y decidimos que yo iría por tierra a buscar la correspondencia. Aligerado el *Dingbat*, Jim podría hacerlo avanzar con más rapidez; y nos reuniríamos en el muelle de la ciudad, trayendo yo además algunas provisiones para la cena.

Endosé el sombrero gacho, las altas botas de tacones cuadrados, el cinturón con la pistolera que encerraba mi Smith y Wesson, como protección para el despoblado, y partí a buen paso, a través de una agreste comarca, en dirección a Saint Helens. Bajo los árboles la tierra se sentía blanda y agradable al pisar. Había pasado tantas horas sentada en el *Dingbat* que encontraba delicioso el ejercicio. Adelantaba con rapidez, caminando al paso gimnástico que sólo se adquiere cuando se ha vivido algún tiempo al

aire libre contemplando diáfanos horizontes sobre la cabeza. Poco después entraba en Saint Helens por la parte más elevada, y pude abarcar con la vista la pequeña y peregrina ciudad que se extendía por los flancos de la colina hacia el río. La salud, el ejercicio, las gratas impresiones y los efectos del sol habían coloreado mi rostro de un rojo subido. Ni por un momento me detuve a considerar mi aspecto, ni acorté el paso; tomé apresuradamente por una que parecía calle principal de la ciudad.

La primera persona con quien tropecé era una guapa señora en traje de tarde, de un blanco immaculado. Llevaba en la mano una carta, lista al parecer

para echarla al correo. Aproveché la oportunidad.

—Dispense usted, señora; ¿podría decirme dónde está la oficina de correos?

Parecía a punto de contestarme graciosamente, cuando de pronto se fijó horrorizada en mi indumentaria, convirtiéndose en una mueca su sonrisa.

—Por allá,—dijo con voz ahogada, echando a correr en dirección opuesta como si en ello le fuera la vida. Sin duda que, al observar mi revólver, pensó quién podría ser tan extraña Boadicea. Me detuve lo suficiente para ruborizarme de mi aspecto y de mi conducta. Pero el incidente me hizo estremecer de placer. ¡Yo, que había nacido y me había criado entre las insipideces del *bridge whist* y los apacibles encantos de refinados tes, tomaba por asalto una aldea occidental y hacía huir a la población femenina con una mirada de mis fieros ojos! Sentí la exaltación de la conquista y, por primera vez en mi vida, simpaticé con César y Alejandro. No obstante, enderecé mi sombrero, moderé el paso, asumí expresión más señoril, y me dirigí a la oficina de correos en busca de mis cartas. Allí terminaron mis aventuras de aquel día.

Uno o dos días después abandonamos Saint Helens y seguimos remontando el Columbia en compañía de algunos pescadores de salmón, hasta llegar a una arenosa playa donde los indios habían combatido en otro tiempo, como lo atestiguaban las puntas de flecha que todavía se encuentran en aquel lugar. Almorzamos juntos, dedicándonos todos en seguida a recoger puntas de flechas. Los pescadores no quisieron quedarse con las que encontraban, diciendo que vivían en las cercanías y podían obtenerlas en cualquier momento. Nos dieron todas las que habían recogido, aunque creían que los tales pedacitos de hierro valían buena plata. Mientras nos dedicábamos a esta colecta nos contaron la historia de un pescador de cangrejos y de su novia. Nos preguntábamos si se referían al pescador que nos había tratado con tanta benevolencia y cordialidad; pero no pudimos cerciorarnos porque ignorábamos su nombre.

Nos refirieron que el aludido pescador se había casado con una linda muchacha de la parte alta del río, y que la trataba bien cuando no estaba beodo. Sólo que algunas veces lo estaba. Bebía por compañerismo; y en tales ocasiones llegaba a su domicilio bramando y golpeaba a su mujercita a tal punto que la pobrecilla llegó a temer por su vida. Por último huyó a refugiarse en casa de un viejo amigo de su padre, quien la llevó río arriba en su barca a la casa de su madre, donde permanecía hasta el presente.

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

Ernesto Martin
ABOGADO Y NOTARIO
CUADRA DEL TEATRO NACIONAL

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO

Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venéreas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.

Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA